

EL DEFENSOR DEL OBRERO

DE MALES, BIENES

Aunque otra cosa crean quienes voluntariamente nos calumnian, no somos de aquellos obstinados cantores de la soneta de los viejos de que cualquier tiempo pasado fué mejor.

Amamos el progreso, el progreso sano, el progreso racional, el único progreso, el progreso que cabe en los modos pero que no puede haber en las ideas que, cuando éstas contienen la verdad, son eternamente invariables.

No es, pues, pesimismo torvo; pero más como los que atravesamos no pueden ser peores.

Una campaña que no es guerra y que, sin embargo, nos desangra, baja a baja; una política que no es gobernar, en que quienes valdrían se retrasan á las comodidades del hogar y sólo triunfan los atrevidos; una sociedad en que toda corrupción sobrenada y toda virtud pierde sus encantos ocultándose donde no puede alcanzar la eficacia del proselitismo; genios hechos de prisa y encumbrados con foga de sectarismo intransigente; equilibrios de mando en interinidad perpetua; vida totalmente al exterior hasta el punto que los hombres hoy parecemos sepulcros semovientes de almas fenecidas, y para complemento de estos trazos pequeñez, debilidad, hipocresía, dolo, egoísmo extendiendo por todas partes las tiendas de su imperio.

Cierto que cada tiempo tiene su mal; mas es ello que los males de esta hora parecen la reunión de los de todos siglos.

Quien tantas veces sacó al orbe de las abyecciones del paganismo a los fulgores de la civilización cristiana, y de las abominaciones del siglo V a la edad de oro del siglo XVI, poder fiera para de la universidad de males de los presentes tiempos hacer brotar bienes; bienes en la paz, bienes en el buen gobierno, bienes en la vida social, bienes de virtud, bienes de justicia.

Esperemos...

LA SAL DE CASTILLA

En un pueblo de Castilla que es relicario adorable en que duermen silenciosos la tradición hecha mármol, la historia envuelta en escudos y entre portentos el arte, nació a la vida un hechizo de mujer, de dones tales, que, sin saberlo, fué una bella, sin ser rica, fundó alcázares; sin estudios, fué doctora, y siendo humilde, fué grande.

Su carne, con ser de arcilla, con sus estigmas mortales, tuvo todas las fragancias y transparencias de un ángel; fué el alfora de un espíritu piadoso y desbordante, áureo vaso de ternuras y de amor húcaro y cálido.

Su corazón, encendido en ansias maternales, al crepitar, se hizo estrofas,

y su llama fulgurante iba prendiendo en las almas con arrobos inefables.

¿Por qué invisibles caminos, por qué ocultos talismanes hasta su ser en tinieblas llegó una luz tan gigante? No sé. Yo adoro el prodigio y la mano inexcrutable que hace que en la peña dura soemen los manantiales y en los páramos desiertos el agua viva y saltante, y ante el arcano se rinde mi condición miserable.

Ello fué, que apenas moza, sumisos pueblo y magnates, todo el solar castellano tuvo en dulce vasallaje, siendo pasmo de las gentes sus visiones celestiales, la efusión de sus deliquios, la siembra de sus donaires.

Ni fué saceta ni huyó tímida ante el humano oleaje, porque su espíritu angélico, nimbando su cuerpo frágil, no proyectó una impureza en el ampo de su carne.

En su pluma puso el habla mágicas sonoridades, cual si de vírgenes fuentes su nomen las arraucase; y eran dulces sus acentos, y eran vigorosos y ágiles, con molliadas femeninas y varoniles desgaire; y en la híbrida escultórica de tan graciosos encambles, labraba su prosa ingenua como Salcillo sus ángeles.

En su tiempo y a su paso los bardos y los juglares cantaban ya sus grandezas, en endechas y romances; y fué de admirar cuán súbito ganó templos y lugares por donde la fundadora posaba su planta gracil, un santo varón plebeyo que alzó a cumbre y puso un auge contra un fuero que arredraba la santidad al linaje.

Desde entonces, un Rodrigo o un Alonso rimbombante, sobre un José bien rotundo no pesó más de un adarme...

Otro pueblo de Castilla fué su sepulcro más tarde, y aun por toda España flota en una estela imborrable, aquel espíritu llama que ennoblecó nuestra sangre y fué la aurora de un siglo sin ejemplo en las edades.

De la mano con la Iglesia que la exornó en sus anales con el laurel inmarchito de todas las santidades, hoy la patria glorifica con acentos maternales á quien así, con su fama, se envuelve en glorias más grandes.

JOSE FRUTOS BARRA

Estudios Sociales

Que el teatro es escuela de costumbres ¿quién lo duda? Fué un conglomerado de teatro español—de nobles, de bellas, de cristianas costumbres, con nuestros grandes dramaturgos Lope, Calderón y aún Tirso, bene-

méritos panegiristas de las virtudes cívicas y evangélicas, ridiculizadores mordaces de los vicios. También es hoy el teatro escuela de costumbres, pero ¿qué escuela? Desde que esa turbamulta de traductores y arregladores del zulesco teatro francés, tomó posesión de sus aulas, la literatura, la moral, el gusto, el arte, han huído de ellos, corridos y avergonzados de los groseros desplantes de ellos, esos *expendedores de carne humana en la escena*.

Francos Rodríguez, Pérez Galdós, Mario hijo y Dicenta... puedan gloriarse con el título de *maestros de esa Escuela Moderna*...

Contados son los autores y actores que no se han manchado en la ola de cine pornográfico que ha invalidado nuestro teatro. Por otra parte, la afición a los espectáculos escénicos es cada vez más extensa y marcada en nuestra sociedad, de ahí que toda labor que se encamina a purificar, dirigir y encauzar el arte dramático probando su fuerza moralizadora, sus vicios, antidotos de los mismos... en fin, todo cuando haga surgir en la escena nuestro pasado teatro glorioso sobre las ruinas del sicilíptico teatro contemporáneo, es digno de loa y merecedor de los plácemes de los hombres de bien.

El benemérito profesor de la Universidad valentina, autor del hermosísimo folleto *Teatro y moralidad*, merecedor de mil plácemes. Oreamón, que no debiera faltar en ningún hogar, pues con este folleto en la mano, enriquecido con una lista de más de 300 obras que no tienen nada de *morales*, pueden las familias librarse de muchos *chascos*.

¡Fué imprevisor y necio!

Después de colocar en la red su maleta, una caja, otra caja, la escopeta enfundada, el paraguas y los bastones, se quitó el sombrero, se puso una gorra de cuadros, se vistió el guardapolvo y lanzó un resoplido de felicidad.

Era doblemente feliz, primero porque se iba al campo, y después porque iba a viajar completamente solo en aquel departamento de segunda.

Y aunque el viaje sería muy breve—dos horas a lo más—se apresuraba para la marcha como si ella hubiese de durar un día entero. De ahí el guardapolvo, de ahí la gorra, de ahí las infinitas precauciones que tomó antes que el tren arrancara.

Y una de ellas, para evitar el fastidio, fué el bajarse del coche y marchar al puesto de periódicos para proveerse de lectura. No era él un coisoso que se contentase con ir mirando desde su rincón los árboles y los postes telegráficos de un camino bien veces recorrido.

Había leído ya los diarios del día. Sabía, pues, lo que pasaba en Cataluña y en Madrid y en Marruecos y lo que había sido asesinada una mujer.

D. Cesáreo—porque el viajero feliz se llamaba Cesáreo—dudó.

—¿Y por qué no revistas ilustradas?... Esa, muy sosea... esa, muy seria... esa,

para niños y mujeres... ¿y esa para hombres?...

Acababa de descubrir un semanario que en un rincón del kiosco parecía ocultarse avergonzado de su título equívoco y de su cubierta...

Y el viajero feliz dudó de nuevo. Mas alargó unas monedas a la vendedora y tomando el semanario aquel, se fué diciendo:

¡Bah, no soy yo una niña inocente!...

Movido por el movimiento monótono del tren, iba el señor absorbido en su lectura.

Era una lectura innoble e imoral, fango de torpezas, amasado por hombres interesados y perversos, para enfocarse en las almas todo sentimiento de belleza y virtud.

Y el señor leía, leía por hacer algo, por pasar el tiempo...

En verdad que algo de repugnancia sentía ante aquel árido amasijo de divergencias y que, siendo él tan formal, se sonrojaba un poco al ir volviendo las indecentes páginas... Mas estaba solo, y usaba la guita, y no era una niña inocente...

El folletín atrajo su atención... Comenzó a leerlo... Indignado por fin, asqueado, arrojó el semanario con desprecio contra un rincón del asiento frontero, habiéndose con ira:

—¡Te rebajas leyendo esos horrores! Después encendió un cigarrillo y dejó que su imaginación vagase atraída por visiones de calma.

Atrás quedaban los agobios del calor, los mil cuidados de la oficina, el trabajo pesado, los días sin descanso... Y ante él se ofrecía un plácido y sosegado veraneo en medio de los campos en la pequeña casa alegre y fresca y limpia, con un mujer siempre buena y amable para él, con su hija Mercedes que dentro de muy poco, sonriente y graciosa, correría a abrazarlo, con los otros hijos más pequeños, bulliciosos e inquietos... Todos se le habían adelantado. Así lo quiso él.

Y el paisaje querido y familiar comenzaba a aparecer ante sus ojos... El paseo de plátanos, el puercillo rústico, el muro alto y frondoso de plantas trepadoras...

Paró el tren delante de minúscula estación, y don Cesáreo, dispuesto ya para salir del coche, cogió maquinalmente la revista para guardársela.

Un rostro puro, una mirada dulce, el rostro y la mirada de Mercedes, se esbozaron de pronto a su alma.

—Ni... digo él—yo no puedo llevar eso a mi casa... ¿Qué diría mi hija? ¿qué sería de su blanda inocencia?...

Y abandonando las proscenas páginas sobre el mullido asiento, descendió al andén...

En el mismo departamento de segunda viaja ahora una joven, una linda y modesta institutriz a quien la vida lanza por caminos trabajosos y áridos. Sentada en un rincón, se ha levan-